

Facundo, de la estereotipia a la escena: La dimensión ética de la plasticidad

-E-

Facundo es un niño que fue diagnosticado TGD (trastorno general del desarrollo), con sus siete años no habla, ni juega y le cuesta relacionarse con un otro, sea tanto un niño como un adulto. Se enfrasca en alguna acción estereotipada con algún objeto, con el cual no juega, pero reproduce siempre el mismo movimiento. Luego de pasar por diferentes terapias y procesos de integración que apuntaban a los aspectos cognitivos y conductuales, comenzamos un tratamiento, donde se privilegió estratégicamente poder establecer experiencias a partir de las cuales relacionarse con él privilegiando la constitución de su imagen corporal y su subjetividad.

Facundo es un niño muy corpulento y el hecho de no tener configurada su imagen corporal, hace que muchas veces se golpee, su postura se desorganice, sin registrar el peligro, el riesgo y muchas veces el dolor al golpearse. Luego de un tiempo de tratamiento y a partir de un nuevo proceso de integración en una escuela especial, la relación con Facundo se afirma y poco a poco comienza a realizar algunas pequeñas escenas que implica la relación con el otro, en las cuales te ofrece algún objeto, te da la mano, repite alguna melodía y algunos sonidos que se asemejan a algunas palabras, como hola, si, está, mamá, etc.

Cuando Facundo llega al consultorio me espera en la puerta, específicamente en la vereda, pero ocurre un hecho que se repite, si en la calle está estacionada una moto, el corre hasta allí y frente a ella se detiene, se agacha, la mira, toca el asiento, el manubrio, se acuesta frente a ella, por momentos parece que la estuviera oliendo, acaricia el pedal, observa el motor y nadie puede interrumpir ese instante que se prolonga en el tiempo. La empleada que lo trae lo llama, intenta sacarlo de esa posición, pero él permanece como si fuera una estatua muda, no se mueve de ese lugar, continúa con la misma actitud, durante unos minutos la escena se petrifica, es uno con la moto. Resulta muy difícil sacarlo de allí, moverlo de ese lugar. Finalmente, con la ayuda del remisero la empleada logra agarrarle la mano y tironeando lo pueden alejar de la moto, él se resiste pero al final se para y de la mano viene al consultorio.

Lo llamo, lo recibo, me abraza y subimos. Al abrir la puerta del consultorio, mira y se dirige directamente a un triciclo, lo agarra, lo observa, me da la mano para que me siente en el y repite la misma posición que con la moto en la vereda, toca el asiento, los pedales, acaricia el manubrio, se acuesta en el suelo y con su rostro toca las ruedas, inmovilizado queda en esa posición.

¿Cómo armar otra escena?, ¿Es posible producir una experiencia diferente que rompa la monotonía de la otra?, ¿Cómo transformar la actitud fija y estática frente a la moto o el triciclo en una gestualidad abierta convocante de la relación con otro?

-F-

Facundo llega al consultorio, busca el triciclo y me da la mano para que me siente en él, inmóvil queda absorto en ese lugar, sin posibilidad de cambio y transformación de esa experiencia, decido intervenir, en un momento de descuido me levanto y salgo del triciclo, Facundo reacciona, realiza un sonido y va a buscarme, aprovecho esta actitud para esconderme, él va por el cuarto, por el bacón, la cocina, el baño y finalmente me encuentra tras de una puerta, al hacerlo me lleva al triciclo, donde reproduce la misma acción, solo que ahora está mas atento para que no me vaya. Al mismo tiempo, comienza a hacer un sonido

rítmico: “Tata- tete-toitoi”, es un sonido alegre que reproduzco y al hacerlo me levanto y salgo corriendo. Facundo me persigue a la vez que seguimos cantando esos sonidos.

La escena se va complejizando sesión tras sesión, en una de ellas, cuando estoy sentado en el triciclo, me saca una campera, él registra este gesto y va a buscarla para que me la vuelva a poner, pero en ese instante, corro y él lo hace tras de mi, finalmente me alcanza, me da la campera y cuando volvemos al triciclo no estaba (en una de esas corridas lo había ubicado tras un mueble). Me mira expectante, lo miro y en la gestualidad vamos a buscar el triciclo que se había escondido.

El juego de la escondida se había instalado, por momentos podía faltar el triciclo y teníamos que buscarlo por todo el consultorio, sino podía ser también la campera, una zapatilla o un pedal. El juego de la presencia y la ausencia se multiplicaba y Facundo comenzaba a no reproducir la misma experiencia, ella estaba mediada por el placer del deseo que la búsqueda generaba.

En un primer momento, Facundo experimenta un goce mimético, estático que lo completa y totaliza con la moto, el triciclo. Con ellos, conforma apenas los ve una imagen real que lo petrifica en una posición sin mediación simbólica. Cuando decido intervenir, intento introducirme en esa imagen, para hacerlo parte de la relación transferencial que había construido con Facundo, él demanda que suba al triciclo. Desde allí, soy parte de esa imagen cristalizada, a partir de la cual reproduce ilimitadamente la misma acción monótona. En el instante en el cual salgo, corro y juega la ausencia, desgarró la imagen, que hasta ese momento lo comprimía en un goce sin salida, a partir de allí comienza a buscarme.

Al iniciar la búsqueda (de Esteban, el triciclo, la campera), sin darse cuenta, Facundo, se abre a lo inesperado y entra al campo de la escena, del placer del deseo de encontrarse con otro y ver y esperar lo que en ese encuentro ocurre. De allí en más, comienzan las sonrisas que se transforman en carcajadas, en miradas, que devienen en complicidades y gestos que delinean otro escenario, en el cual Facundo puede jugar y ser otro al hacerlo.

-G-

A partir de este nuevo escenario una experiencia diferente se pone en escena, por un lado difiere de la experiencia estereotipada anterior y por otro lado es una apertura al encuentro, no solo con el otro, sino también con lo otro que puede suceder y no deja de sorprender. Lo que sorprende, no es tanto la presencia, sino la ausencia que indudablemente multiplica el sentido y posibilita habitar un espacio, tiempo diferente.

Facundo, se espeja y refleja en la moto o triciclo, es un espejo que lo captura en una única posición, por ello permanece inmóvil en ese lugar. Cuando toca, mira o se pega a la moto-triciclo, queda extático y se ubica miméticamente con el objeto. En esa posición toca sin distancia, experimenta una sensación que crea una imagen inerte pero al mismo tiempo real que lo aísla y lo defiende de otro. En un principio, me incluyo en esa imagen, formo parte de ella, luego de un tiempo transferencial produzco un corte, una separación que de algún modo agujerea la imagen, “algo” falta en ella. De esta manera, se re-crea la falta que causa el deseo para poder enlazarse con otro escena.

El corte en la experiencia estereotipada de la moto-triciclo produce un vacío, genera la discontinuidad temporal. A nivel del espacio es una apertura a lo des-conocido. Es la presencia de una ausencia lo que da lugar a lo simbólico. El corte es la huella de una ausencia en lo lleno de la primera experiencia (moto-triciclo) que Facundo reproducía. Generar un corte es dar

lugar a que se origine un nuevo gesto. No es nunca una metodología, ya que se instrumenta lo singular. Con cada niño creamos otro corte, otro modo de generar nuevas gestualidades que implican apertura al otro, en ese sentido también reúne lo que separa, sin anular la diferencia.

Para producir estas nuevas escenas y experiencias es necesaria cierta potencia, cierta fuerza para resquebrajar el espacio fijo y agrietar la inmovilidad de lo siempre igual. De este modo, creamos el vacío que lejos de agotar la realidad la produce como escenario ficcional y simbólico. Aunque parezca paradójico, se crea lo que no es frente al es de la postura, el gesto y la actitud cristalizada en la moto-triciclo. La intervención que opera como corte no es mimética, ni es un espejo, implica necesariamente el desgarrar que implica la plasticidad simbólica como posibilidad de transformación y acontecimiento.

-H-

Conjeturamos que para Facundo realizar siempre la misma experiencia con la moto-triciclo, produce a nivel neuronal una habituación que se manifiesta claramente en la pobreza psíquica de la acción. La habituación neurológica se acompaña de una depresión de la actividad sináptica. Es decir, que la eficacia de la sinapsis (la transmisión de información vía los neurotransmisores), se encuentran en franca disminución y detención. Frente a la clausura y chatura del movimiento estereotipado aparece la gestualidad y la plasticidad simbólica abierta al afecto que convoca la demanda y el deseo de un sujeto. A partir de allí, la actividad neuronal puede dejar una huella plástica capaz de transformar y modificar la "eficacia" sináptica y producir la renovación neuronal.

A partir de esta apertura, donde se inscribe una huella de la experiencia que realiza Facundo, surge la posibilidad que el cuerpo funcione como receptáculo. Por lo tanto, que el funcionamiento y la función neuronal se tornen plásticos vía la plasticidad simbólica que venimos proponiendo. La experiencia de la moto-triciclo para Facundo insiste en ser lo que es: una repetición de la misma sensación, una presencia cuya insistencia lo detiene en una imposible solución de continuidad que impide cualquier gestualidad. El intento de entretejer un límite que habilite un gesto posible, nos lleva en primer lugar a entrar en esa experiencia y al mismo tiempo a limitarla, para disponer de ella como movimiento ya gestual y relacional. Toda esta transformación es posible realizarla al dar lugar a esos primeros juegos que dialectizan la presencia en la ausencia y ella potencia la representación, donde circula el deseo y la demanda.

A partir del juego de la ausencia (de Esteban, el triciclo, la zapatilla, la campera, los pedales), se constituye un límite que limita a uno y a otro. Alteridad necesaria para que Facundo retome a la moto-triciclo pero en la diferencia y en la plasticidad. La escena se multiplica plásticamente, puede jugarse una escondida, una persecución, disputar un objeto o esperar lo inesperado de aquello que puede suceder. La mediación del lenguaje en tanto límite y apertura afectiva y simbólica está en juego.

No nos olvidemos que la imagen del cuerpo nunca coincide con el organismo, en realidad al ser una imagen mediada por la experiencia con el Otro y los otros, la condición corporal deviene condición subjetiva. Podríamos afirmar que la imagen del cuerpo esconde siempre otro cuerpo, porque con la experiencia escénica el sujeto se transforma en otro que nunca es ni puro cuerpo, ni pura imagen. Por eso, un niño al jugar se puede desdoblar en otro que no es y en ese límite entre la realidad y la fantasía imaginar e inventar lo imposible como estamos haciéndolo con Facundo.

La escena con Facundo se va multiplicando, al llegar toma el triciclo, silva, realiza un sonido rítmico: “Tata-tritri-tetete-tuiatuaia”, surgen otros silbidos, sonidos, y sonrisas, respondo saludándolo. Me mira, sonrío, silbamos juntos, vamos al triciclo y de allí salimos a jugar. En la complicidad jugamos a correr, a escondernos, a adivinar que va a hacer el otro, conjuntamente con silbidos, sonidos rítmicos que van a acompañando todo el escenario. En la escena se trama la experiencia que día a día vamos realizando, donde Facundo existe en la condición subjetiva que le pertenece, y a partir de la cual constituye su imagen corporal.

- I -

Somos sensibles al sufrimiento solitario y mudo del otro para hacer de ese padecimiento un acto ético, en el cual el niño exista como sujeto. La ética que proponemos surge de la no coincidencia entre la imagen del cuerpo y la organicidad, entre el diagnóstico, el síndrome o la patología y la subjetividad.

Por ello, no se puede generalizar la respuesta a dar para una discapacidad, ella se constituye en la singularidad de cada historia, que se configura en el “entredós” de la relación que a través de su cuerpo clama por ser mirado, escuchado y ser considerado un sujeto.

Para nosotros es imposible imaginar o considerar la ética por fuera de la sensibilidad de la problemática que el otro (en este caso, Facundo) nos presenta. Nos incluimos en ella a través de la relación con un sujeto, que entre tantos diagnósticos, pronósticos y pre-requisitos técnicos-tecnológicos-metodológicos, se asoman y aparecen en cada gesto.

Finalmente, para Facundo la moto-triciclo tiene un solo sentido y lo clausura en una experiencia fija. Al transformar el triciclo en un juguete para jugar, el sentido se torna plural, se pierde la realidad unívoca y sucede la multiplicidad de la experiencia: el triciclo puede desaparecer y aparecer, Esteban y Facundo corren y se persiguen, la campera está escondida y hay que buscar una traviesa zapatilla que siempre se escapa del pie.

Se juega la ausencia y la presencia y con ella el poder del símbolo y la plasticidad. Si hay plasticidad, hay pluralidad de sentidos, hay imaginación, metamorfosis y transformación, pero también inseguridad, ambigüedad e indeterminación. Justamente por ello, la ética es posible y posibilita a Facundo encontrar un nuevo espacio donde ponerse en escena en la plasticidad y reconocerse diferente.

Lic. Esteban Levin

Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).